

na, el ruido era formidable, había mucho humo y todos andaban ocupadísimos con el austriaco Güanazarotas y su compañero. Al entrar á mi cuarto, ví que llevaban al desventurado rumbo al socavón. Gritos y silbidos se oían de vez en cuando, entre las detonaciones ya escasas.

VI

Colocado habían las sillas y sillones en el Escritorio, convertido en salón, de cuyas puertas y ventanas colgaban cortinas rojas y blancas, de manera tal, que parecían dispuestas para un baile cursi.

Todo limpio, fresco, sentíase al entrar una agradable impresión á pesar del gusto pésimo del adorno, que consistía en papel de china, *pastie*, flores y ramos. La entrada fué, sin embargo, muy grata para todas ellas, pues el ruido se amortiguaba un poco, la brillante luz del sol convertíase en suave claridad y después de tanta tierra, polvo, humo y arena, con amor se veían las blancas y recién cepilladas duelas del piso, así como las paredes encaladas, con grecas policromas.

Sentaron á Doña Gertrudis en el sillón del centro, especie de trono, un poco más alto y de uno y otro lado, por parejas, según iban llegando ellas y ellos, con gran seriedad y compostura.

Nadie hablaba; era un silencio pesado, molesto, capaz de avergonzar. Todas se veían unas á otras con espanto y sobresalto, pues aquel aparatoso é imprevisto ceremonial, con tales ridiculeces, les avisaba que había algo amenazante.

Sobre la cabeza de la señora Condesa y en medio de dos feos retratos de héroes bizcos, había con gruesas letras este colosal

dístico, hechura manifiesta de Luis, Don José y Don Patricio en trabajosa colaboración:

« Gloria y honor á la señora Dama
« Cuyo nombre fatiga hasta La Fama. »

Todas, una tras otra, lo fueron leyendo con asombro, con ira, con susto, menos Rosa Elena, que muy atenta á lo que Luis le decía en voz baja, estaba muy agena á lo que la rodeaba. Pero alguna de ellas con una mirada, con una seña, esa telegrafía sin hilos que las mujeres usan entre sí con tal perfección, se lo indicó. Rápidamente lo recorrió con los ojos y soltó á reír con tal gana y voluntad, que dejó estupefacta á la reunión. Era aquello una cosa imprevista, sorprendente, inesperada. Se la comían con los ojos, principalmente las viejas; pero apenas se contenía un momento haciendo esfuerzos y tapándose la boca con un pañuelito de seda, de golpe echaba á reír otra vez, con risa argentina, pura, sugestionable. Así como el bostezo, la risa contagia, y empezaban á hacer lo mismo indistintamente y con timidez, cuando Doña Gertrudis dió una llamada al orden con acento irritado:

—Rosa—dijo—¿qué tienes?

—Mira, Mamá, mira ahí—decía la hermosa ahogándose y señalando el famoso dístico. Luis y Don José estaban muy corridos, sudorosos y amaratados.

—¿Quién, quién lo hizo?—preguntó al fin á media voz no pudiendo aguantar la curiosidad.

—El ingeniero Don Luis y el señor Don José—contestó Cipriano en el acto, señalándolos con ademán trágico.

Hubo movimiento de faldas que se arreglaban estando bien; pero de improviso, á la área de Rosa, que reía más y más, acompañó todo un coro de carcajadas. Las caras de los autores parecían mascarones. Sin embargo, Luis tuvo una idea luminosa.

—No quiero—dijo poniéndose en pie y con la voz trémula,— autorizar con mi silencio una injusta usurpación: el autor del dístico es el señor Don Patricio H. G. M. N. Rodríguez, poeta de gran inspiración, aunque ignorado. Ahí está.

Todos volvieron la vista á él. Estaba muerto de emoción, de orgullo, de sorpresa, y el ojo le brillaba con lágrimas de profundo enternecimiento. Bien sabía que era aquello una villana calumnia, pero su estúpida vanidad no le permitió ni sospechar que se burlaban de él. Quiso hablar, tartamudeó, tosió, sus labios se movieron, púsose lívido, volvió á toser y se inclinó derritiéndose de maduro. Parecía un autor saludando á un público delirante. La risa era general, y sólo Doña Gertrudis permanecía impassible, majestuosa, serena.

Empezó el champagne. Luis y Don José lo ofrecieron á las damas, y con tan bello pretexto todas se pusieron en movimiento, descorchando botellas y sirviendo el líquido espumoso en copas *ad hoc*; pero con tanta torpeza, quizá por la avidez de la *guzgueria*, como decía Cipriano, ó bien por innata torpeza, que el español y Luis, temerosos de quedar sin ganado, pusieron orden en el herradero metiendo al callejón á sus cuadrillas.

Además, los corchazos salían en todas direcciones con peligro de dejar á alguna bella, como á Don Patricio, tuerta.

Quedaron Luis, Don José, Moore, Don Pablo, el Dr. Ramírez y Don Patricio para ofrecer las copas y *cumplimentar* á las damas, y á toda la canalla la enviaron para que sacara las copas del hielo, lo cual no era muy fácil. Porque debo advertir que la champagne estaba helada mediante un curioso procedimiento de Moore (a) La Llorona. En el centro del gabinete de ensaye se colgaron dos grandes sacos de lona de los que sirven á veces para el desagüe, y dentro de ellos, para economizar hielo, del cual sólo llegaron difícilmente seis blocks, se pusieron, rodeando las botellas, agua y nitrato de amoníaco con hielo pulverizado en uno de ellas, y en el otro agua, más carbonato y nitrato de amo-

níaco. A ambos sacos, previamente mojados por fuera, les daba movimiento oscilatorio un muchacho. En un barril grande puso Moore, en diez partes de agua, cinco de ácido clorhídrico y una de sulfato de sodio ó Sal de Glauber. Ahí también echaron botellas que sacaban con unas tenazas. Estas combinaciones químicas bajaban naturalmente la temperatura á -16° — -19° y -17° próximamente. Por último, al sacar las botellas las lavaban rápidamente y las ponían en una cubeta con pequeños trozos de hielo, dejando caer, sobre este, gotas de alcohol puro, el cual, muy ávido del agua, fundía el hielo rápidamente, haciendo bajar más aún la temperatura.

Los analfabetas operadores de frac hacían todo esto con el tino y precisión de nuestro pueblo humilde é inteligente que parece adivinar, ó se explica á su modo, muchos fenómenos que está muy lejos de comprender.

Lavado y perfumado, con un trajecito negro, un poco presentable, peinado de copete y barba y un poco inquieto, volvía en aquel momento para presentarme á las señoras. Al entrar al cuarto de ensayes ví la sacada de las botellas del hielo. Como siempre, dominaba Cipriano.

—Güeno ha de estar el mezcal de la gringería—decía con una botella en la mano,—pos hasta las niñas se lo jincan de moquete.

—¡Para tu arpal— le decía Eduardo González, el encargado de los caballos de los malacates y tortas, al muchacho que movía las bolsas.

—¡Para tu arpa, condenaol! ¿posque n'oyes? ¡Indino charico encanijaol!

—¡Caray, qué fríol—decía otro.

—Y parece queso agua chamusca.

—¿Quién quiere una? ¿Quién quiere una?—decía Cipriano.—

Yo la pago.

—¡Yo, yo!—esclamó Patricio, hijo del tuerto, viendo la botella con ojos de concupiscencia. Era un borrachín nato.

—Güeno, escribano, pero no por su linda cara no más. ¡Es decir, que usted chupa y nosotros escupimos? . . . Si quiere tragársela se ha de dejar destapar la botella dentro del hocico . . .

—Sí, sí, sí—decían los demás.

El muchacho vacilaba, pero al fin la tentación lo venció. Buscaban con qué cortar los alambres á la botella é iba yo á intervenir, cuando entró Cosme, jadeante y sudoroso:

—¡El bautismo del joto!—gritó ahogándose.

—¿Onde?

—Güanzarotas y muchos barreteros lo llevaban pa ca San Cayetano por el camino del socavón. Ya mordió á Don Silverio.

Diciendo esto, sacudió el muchacho la mecha contra el marco de la puerta y salió á todo correr. La noticia era estupenda, y detrás de él salieron todos los caballeros de frac en horrible descompostura y mezcolanza, atropellándose.

Me acordé de una fábula en que se refiere que unos sabios monos (no monos sabios), perfectamente amaestrados, representaban no sé qué cosa con toda seriedad y compostura ante un admiradísimo público. Algún chusco, en lo culminante de la representación, dejó caer un puñado de nueces y todo se lo llevó Pilatos, pues los monos con sus trajes de reinas, reyes, príncipes y generales se echaron al suelo de hocino, por debajo de los asientos, entre gritos de las señoras, alharaca de hombres y espantados ojos del domador. Aquella vez yo era el domador y me quedé boquiabierto: se me descomponían los monos y el drama nacería muerto. Rápidamente salí tras ellos, y al cruzar por el gabinete ví solos al muchacho que movía las bolsas y á Patricio hijo, el cual sorprendido, dejó caer al suelo dos botellas que se había escondido debajo del frac. Pude detener á más de la mitad por fortuna, pues los otros se me perdieron, ó bien porque

eran más ligeros y entraron luego al socavón, ó bien porque se fueron por otro lado.

Al volver con el resto, amonestándolos seriamente, pues no era decoroso ni de gente educada, les decía, dejar abandonadas á las señoras por ir á tomar parte en una estúpida maldad, ví que el muchacho Patricio estaba aún ahí con los ojos torcidos al suelo y la cara de ratero cogido infraganti. Referí á Cipriano el hecho, y éste, que *estaba de punto* por no haber ido al Bautismo, le echó al otro, ahorrándome el trabajo, una filípica de esas que se oyen pocas veces y en las que era especialista, como hombre acostumbrado á mandar, hacerse obedecer y respetar de la gente más endiablada que calienta el sol.

Moore, La Llorona, salió en aquel momento del salón-escritorio y me dijo que entrara para ver si yo hacía cambiar la avinagrada faz á la señora Condesa, pues á pesar de todo y de que las señoritas empezaban á alegrarse, ella estaba todavía á *alta presión* y podía virar *mar adentro*. Entré, y ví que en efecto algunas de las muchachas y una de las viejas parecían contentas y hasta alegres, siendo Doña Gertrudis la que ponía la situación tirante con su adusto entrecejo. Me acerqué á ella, la saludé lo más atento y aparatosamente que pude, sin descompostura, y luego hice un saludo general en redondo. Mi traje ví que les extrañaba, dados los otros; pero Moore explicó que uno de los caballeros me había arrojado al desagüe y yo tuve que añadir una excusa, aun cuando no había pensado dar explicaciones. Doña Gertrudis me interpelló inmediatamente diciéndome:

—¿Es usted el Director, Don Ricardo Colt?

—A los pies de usted, señora. . . . Condesa. . . .

—¡Oh! . . . gracias.—Y me volvió á examinar otra vez de arriba abajo con impertinencia. Estaba yo de pie, un poco inclinado en frente de ella. Atentas nos escuchaban la señora de Castillo Contreras y una joven. Todas las demás hablaban con Luis, Don José, Moore, el Dr. y Don Patricio.

—Dígame usted,—añadió—y todo esto ¿qué significa?

—Es, señora Condesa, una humilde muestra de gratitud por la enorme honra que usted nos da con su presencia aquí. Somos nosotros unos pobres ciudadanos que recibimos de la manera que hemos creído más adecuada, la visita de una ilustre dama, así como de las respetables señoras y hermosas señoritas que dignamente la acompañan.

Esta perorata hueca me costó un esfuerzo horrible de intelecto y un refuerzo más grande todavía para no reír. En cambio ví claramente que daba brillante resultado, pues la vieja se esponjó y ya me vió con menos desprecio altanero y hasta podría decir que con algo de simpatía, si no fuera una blasfemia. Y entra aquí como de molde una *invocación*, que suplico al lector me permita hacer para la tranquilidad de mi conciencia:

« Oh, ilustre señora Condesa del Puente y Marquesa del Pinar, Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle: « si por desgracia ó porque el diablo es devoto de hacer estas « cosas, fuese á vuestras blancas manos este humilde libraco, « suplico á V. E. tenga el temple de alma de sus antepasados « afines para no decir nada, sino mostrarse indiferente y tranquila como quien oye llover y no tiene que salir. Hágalo no « por mí, ni por mis compañeros, que al fin somos *chamusca*, si « no por V. E., pues el mundo es muy chismoso y amante de « andarse asomando por las rendijas ó agujeros. He dicho.»

Y vuelvo á mi historia. La vieja, á pesar de mi *espiche* y de estar satisfecha, no se convencía por completo. Grandes dudas la agitaban entre creernos tan bárbaros ó en sospechar que nos bur-lábamos de ella.

—Oiga usted, Colt Colt, ¿verdad?

—Sí, señora Condesa, Colt.

—Lo mismo que el de las pistolas.

—Sí, señora condesa

—¡Ah! ¿y es usted mexicano ó americano?

—Las dos cosas, señora Condesa, y á mucha honra.

—¿Cómo?

—Lo primero porque nací en México, y lo segundo porque México está en América.

—¡Oh! ¡bah! sí, sí —decía la vieja sonriendo y viéndome con fijeza. Volvía á tener sospechas.—¿Y nunca ha viajado Ud?

—Un poco, señora Condesa.

—Pero habrá usted frecuentado alguna sociedad

—Sí, señora Condesa, varias: la de Socorros Mutuos, la Sociedad de Ingenieros y Arquitectos, la de Rafael Guerra *Guerrita*.

—¡Oh! ¡bah! sí, sí— me decía riendo francamente, ya sin dudas, y convencida de que tenía que habérselas con un zopenco.

—Todo está bien, todo, y lo agradezco infinito. Son ustedes unas buenas gentes; pero mire usted, Colt, y no se moleste.

—De ninguna manera, señora Condesa

—¿Cómo quiere usted que hablemos con todos estos caballeros si no ha habido antes una previa presentación? En Europa es eso una gran falta, y mientras dos personas no están presentadas, hay entre ellas un abismo Usted, Colt, pasa porque Sberg nos presentó, aunque de una manera vaga pero

Los llamé á todos y los formé en larga fila, uno tras otro, hasta la puerta. La sorpresa fué grande, y tanto ellas como ellos, se quedaron atentos. Rosa Elena era la única que se sonreía. Empezando por Luis, que se puso rojo y verde á medida que los presentaba con sus nombres y oficios, íbalos poniendo á un lado. La cosa iba prosperando grandemente.

Al terminar, me acerqué á la vieja y le dije:

—Excelentísima señora Condesa: Suplico á usted respetuosamente, á nombre de mis compañeros y mío, tenga usted la bon-

dad de presentarnos á todos y á cada uno con las señoras y señoritas, pues me enseñaron en Inglaterra que nunca se cruza ni una palabra, con quien no se está debidamente presentado. Será merced y gracia para nosotros.

La señora vaciló un momento, no encontrando la manera de hacerlo, pues ignoraba la mayor parte de los nombres de los caballeros, y sobre todo era aquello algo fuerte para llegar á chusco. Para decidirla, le dije:

—Este es el Protocolo que V. E. ha indicado como necesario y debido. Nosotros obedecemos.

La palabreja Protocolo, hablada así, la sorprendió de tal manera por inesperada, que se me quedó viendo con la mirada vacía, pensando quizá en cosas lejanas y vistas allá en su juventud, cuando se codeaba con gentes de hombros muy altos y tiesos. Eso la decidió, y hasta puedo creer que su imaginación y vanidad desmedida la hicieron creer por un momento en que era quien sabe qué testa coronada. Púsose en pié majestuosamente y extendiendo la mano derecha sobre mi humilde cabeza (no coronada por fortuna), dijo:

—Este es el señor Ingeniero Ricardo Colt, Director General de la Negociación, amigo mío, que presento á todas ustedes— é hizo un gran ademán en redondo. Todas ellas correspondieron con una inclinación de cabeza. Los esfuerzos que Rosa Elena hacía por no reirse, eran manifiestos. Luego añadió señalándolas una á una:

—Señora Ramona Vilchi de Castillo Contreras; Señora Pilar Barajas, viuda de Ruiz y López; Señorita Rosario de Castillo Contreras; Señorita Guadalupe de Ruiz y López; Josefina mi hija; Gertrudis mi hija; Señorita Mercedes de Castillo Contreras; Paz mi hija; Señorita Angela de Ruiz y López; mi hija María Teresa; Señorita Elena de Castillo Contreras; niña Carlota de Ruiz y López; Rosa Elena mi hija, la primogénita; señorita Elena de Ruiz y López, señorita Concha de Ruiz y López.

Adolorido quedé del espinazo de hacer genuflexiones ó algo parecido. Púseme entonces á un lado para servir de apuntador y maestro de ceremonias. La condesa me lo agradeció con los ojos.

Yo le arrimaba la víctima, diciendo nombre y oficio en voz baja, y ella repetía la misma presentación que conmigo hiciera. Luis fué el tercero, y era tal el estado del compañero por las disimuladas risas de que era objeto, que temí se desmayara. Otros se ponían lívidos y con ojos de calenturientos. Aun cuando se habían ido muchos al Bautismo, los que ahí estaban eran más de veinte, y la ceremonia prometía durar hasta muy tarde. Noté, además, que la señora se fatigaba y que se hacía afónica. Mucho interesaba ganarla lo más que pudiera, por prudencia, sin dejar por eso de seguir la farsa, pero hasta cierto límite; así es que al terminar con Don Pablo González, le dije:

—Suplico á V. E. me dispense, pues creo necesaria una advertencia.

—Diga usted.

—Veo que V. E. se fatiga, dada su exquisita delicadeza. Pido que yo ó algunos de los ya presentados, debidamente autorizados por usted, hagan las presentaciones de los caballeros que faltan.

—Me parece bien y autorizo para ello

—Al señor Cipriano Salas, acompañado de Don José Ruiz y Robles.

—Concedido.

Cipriano me veía con ojos espantados; pero Don José lo tomó de la mano, y llegando hasta frente de la señora condesa, dijo:

—Agradecemos tan alto honor y con permiso de usted. . . . empezamos con. . . .

En las grandes haciendas del Centro y Norte de la República, he visto una cosa curiosa en los corrales donde están las mulas para los carros. Entra el mayordomo de los carros á pie entre

todos los animales que andan aglomerados, y con látigo largo de vara corta, empieza á repartir azotes á diestra y siniestra, gritando: ¡foormen! . . . foormen! . . . Las infelices bestias se arremolinan, se aprietan haciendo arco los lastimados lomos, y poco á poco van formando en perfecto orden, pegados unos á otros, arriadas las colas á la cerca. Entonces entran los carreros con los filetes, y van escogiendo las que han de hacer el trabajo del día.

Casi lo mismo hice con nuestros distinguidos caballeros, formándolos al fondo y lados del salón. Tenían las mismas caras de seriedad estúpida, asombrada, y desde luego se conocía que estaban dispuestos á hacer lo que de ellos se exigiera.

Cipriano, al principio vacilaba, con ese temor vergonzoso natural en ellos; pero con su aguda perspicacia adivinó la situación y desempeñó su papel con gran desparpajo y chusca desfachatez. Al primero que tomaron del montón fué á Don Patricio, llevándolo en medio hasta el centro de la sala. No era un caballero á quien se lleva á presentar el que iba ahí, sino un pobre diablo, desencajado y desfallecido, á quien parece esperaban seis fusiles maüser para dejarlo hecho un arnero.

Cipriano le dijo á media voz, pero de manera que todos lo oyeran:

—Animo, compadre, ánimo, el ojo vivo como una rata.

Luego en voz alta añadió, señalándolo con ademán imponente:

—Este es Don Patricio H. M. J. Rodríguez, muy poeta y muy leído.

El infeliz estaba en estado comatoso. Cipriano le dijo otra vez por lo bajo:

—¡Empínese, don Casi . . . miro, empínese! . . .

La risa jugueteaba por labios y ojos, indistintamente, á pesar de la seriedad del acto. La Condesa me hizo una seña y me acerqué:

—Esto es grosero y clownesco—me dijo quedo.

—Sí, señora Condesa, es lo primero, pero no lo segundo. Es

gente ruda, tosca. Dispénsela V. E. Hacen lo que buenamente pueden por ayudar á V. E. Dan lo que tienen.

La vieja se serenó y siguió viendo todo con gran calma. Estaba en carácter.

Terminada toda aquella curiosísima presentación, ellos estaban sudorosos y jadeantes. Luis y Don José ofrecieron otra vez champagne; las copas se llenaron del espumoso vino; fueron repartidas á unas y otros rápidamente, y cuando las iban á apurar, el español dijo:

—Tiene la palabra el poeta Don Patricio H. G. M. N. Rodríguez.

Otro susto, y grande, al bardo, que recibió aquello como si le hubiesen dado un garrotazo en las orejas. Cipriano lo empujó, diciéndole:

—Al centro, y eche un verso, poeta.

Era tal y tan grande la congoja del infeliz, que encanecía por momentos hasta de los zapatos. Las flacas piernas torcidas, con las medias llenas de buchec y arrugas, le temblaban. No sabía en aquel momento ni cómo se llamaba. Vió con espanto á uno y á otro lado, y dijo con voz funeraria, como si contestara:

—Pero . . . si no tengo . . . nada . . . pre . . . pa . . . pre . . . pa . . .

Acudí al quite.

—El brindis no ha de ser precisamente en verso,—le dije—pues no siempre están ustedes de vena. Hable en prosa, lo cual bien puede usted hacer dada su pasmosa facilidad. Las damas esperan.

El vino se le caía de la ancha copa, corriéndole de la mano para el brazo. De la frente rodaban gruesas gotas, y el ojo le brillaba con agua. Haciendo al fin un esfuerzo, empezó así:

—«Graciosa y grande majestad . . . serenísima y digna de laureles y coronas; altas y nobles hadas princesas . . . de la hermosura y . . . la sangre . . . Yo, humilde cantor solitario. . . .

«de la montaña, . . . de esta sierra grande . . . verde y rica . . .
 «Yo . . . pobre cantor . . . que nací para cantar . . . como el ave
 «para volar alto, allá, arriba de los solitarios cerros . . . Yo, hu-
 «milde cantor de la montaña abruca . . . ofrezco . . . por los
 «señores presentes, jefes y empleados . . . esta copa de vino no-
 «ble como ustedes . . . de allá . . . al ocaso, como lazo de la fu-
 «sión de las clases en el porvenir, . . . grande de la Patria heroi-
 «ca—de la que todos somos hijos. He dicho.»

Aplausos y vivas atronadores, furiosos. Algunos dejaron caer las copas, y otros las pusieron bonitamente en el suelo para tener las manos libres. Pero de pronto, ¡oh sorpresa! allí fuera, junto á las ventanas, un golpe de atronadora música puso á todos locos, delirantes.

El famoso director general Don Canuto Entorchado y Arias, había ideado aquello de *proprio motu*, y con todo silencio había amontonado cuidadosamente á sus cien filarmónicos.

Aprovechó muy bien la oportunidad, y el efecto fué soberbio. Se arrancó de buenas á primeras nada menos que con el Himno, á todo pulmón y puño de los suyos. El poeta tuerto se caía de emoción. Nosotros también nos emocionamos; pero fué por impresión directa, profunda, única; esa conmoción que en todos hace el glorioso canto de clarines y voces, de gritos uniformes de multitudes agrupadas y vibrar de bronce.

Cuando me acerqué á Doña Gertrudis para ofrecerle el brazo y llevarla al comedor, al sagrado compás de ese Himno tan querido, hubo un momento que olvidé la grosera farsa, la mojiganga que hacíamos, para atender á mi corazón que al saltar, parece que me gritaba dentro, no sé qué grandezas pasadas y futuras, como recuerdos y profecías.

VII

El galerón de láminas, antes carpintería, y convertido en comedor según tengo dicho, con los adornos más chuscos y bárbaros de que se tiene noticia, cuando fué ocupado por todos los comensales, presentaba una vista maravillosa por original. Entre las ramas de pinos, álamos, cedros, fresnos, etc., apenas se veían los travesaños de madera del armazón; las columnas, también cubiertas de follaje, tenían amarradas por los lados grandes vástagos de plátanos, que empinaban sus grandes hojas verdes, rasgadas y ondulantes; el famoso é indispensable papel de china de diversos colores abundaba, recortado de mil maneras; varios gallardetes de manta simulaban no sé qué combinación, que costó á Luis y á Don José graves discusiones, y como en la mesa, entre copas, botellas, platos, servilletas, había una escandalosa abundancia de flores en colosales ramilletes, flores corrientes y feas (de calabaza, de *sempoasúchil*, *floripondio*, etc.), al lado de otras hermosas, aunque pocas, era de verse de entre aquella loca y formidable naturaleza de *acarreo*, salir y perderse los hermosos rostros y elegantes peinados de todas ellas, al lado de las horripilantes caras de los caballeros, relumbrosos, cenizos, verdinegros, y algunos ya tan despeinados como locos.

A la cabecera de la mesa principal y apenas separada de ella por un espacio de setenta centímetros, por donde pudiera pasar una persona, había otra mesa pequeña, cuadrada, un poco más alta y con un solo cubierto. Sobre decir que esta mesa era para Doña Gertrudis, y cuando la coloqué en su lugar y se dió cuenta de ello, sus ojos brillaron de orgullo y satisfacción. Sin embargo, quiso que se lo dijeran con todas sus letras, y manifestando extrañeza, me preguntó: